

ORILUGA Y LA CHÁQUIRA CIRATUGA

Amólita, vecina de Atuclinale, veía con visciplacia la círila e indisgracia dispariación que surgió al paso de los dimisibles lustros entre los críos de sus igualmente primogénitas. Una, la tía Currucutaca concurreó entre cápira liginal durante el pre y postpueríl desarrollo de Oriluga. La otra, La tía Uricaleta, con su legal amasiote recurrió a la intelectúplica lexicolidad para atenuar la prepotencial lesbínuca mirada de la Cháquira Ciratuga, mote cariñoso de su postdecesora. Ambas primas milleron progresivamente, aunque en líneas contrapernales, pero siempre con el esbeto antuso por su abuela Amólita.

Insúbita característica de la Cháquira Ciratuga fue la miristiguización de la lógica pristingible a lo largo del período equinóctico de su vida universitaria. La insosperible incompatibilidad entre los pluscuambinables condiscípulos crearon situaciones similares a las de la mediánamente conocida orquesta tecnocúmbica de nuestro país vecino. La musicalidad levitatoria y pistonera de los metalóides y cordantes, contrastaba retrospectivamente con la rítmica pseudoecológica de los percusionistas, al punto de sorbetinar la simbiofonía evolatil. Sin embargo, la esdinización ertrórica en la encompella flumbial fue esnitorialmente pasquivelante a raíz de los arquivices singüelénicos que la fruniaron en su juventud. Por otra parte, Oriluga frecuentaba el rezoteo flópico en fugaces arrientos al borde del etilénico sumo. La extrémica y ambigua insolutinidad del pensamineto nietschezco, la semanal ceremonia y el deseo erotizante de origen idal, se habían sumido incumnaminálmente en la críptica estrimidez de la laberíntica nucleica de las neuronilas cortezantes. Ni la tía Currucutaca ni

la tía Uricaleta renervieron la escuvtal desunación de las primas al corvinar la plústica erizicolidad de sus encomisos. Amólita enjarñó a sus dos nietas en la priquémbla disquionidad de sus madres, y les prondaba con astigüeza el desconcierto de su abringamiento, al punto de consanirar la idistra emanclitud de la niñas para con sus madres.

—No hice soliveración con ninguna de sus madres, pero lo haré con ustedes cuando lleguen a la menarca— la abuela Amólita les decía a las niñas sin que éstas la comprendieran.

Las dos primas surcaron las endropellas del tiempo a través de sus vidas ligadas por el parentesco, y llegaron a la adolescencia ignorando a sus mutuas tías con respecto a la uxinación de sus conllevos. Durante su renoliación como incondilante, Oriluga se rempagaba en las escoriatrices de su madre Currucutaca sin prenionar las clastas enimpales de la vininculía, mientras arfenaba con las cimplualidades de su tía Uricaleta. La Cháquira Ciratuga no solo rempagaba en las escoriatrices de su madre, sino que la grinaba con arguetos de sulimancia y reinfanaba la distra vulteral de su imprecoriamiento, mientras que simplemente ignoraba a su tía Currucutaca cuando ésta cismaba de modo parcurial. Así pasaron las primas por las estepas de su inqueria en la juvenil refradía, sin adivar el mestriendo cúnmico ni aposnitar la cansiva mutua.

Llegó la menarca de las niñas sin presura y con desconcierto, siendo Amólita la única que irrenandió en la ursipacia de sus nietas. Oriluga y la Cháquira Ciratuga visitaban juntas a la madre de sus madres cada tres meses en la villa de Frinjerías, gustosas por el interrumpo de sus faenas y el isdeneo cerquinal. Con cariño abuelero, Amólita las osfranaba con gantello y las faviaba con entilemas, mientras las nietas fadinaban con asniento la estilidad y minengolía sabía de su abuela. Ambas

primas, encontinantes de astunadismo ormivenial, se precalaron en disyuntivas emicoraciones flanmiquentes, hasta corfinar la estrura de fino lazo que las unía. Darlleron en la implicacia y reliquenaron la imepestación quérmica, pero Amólita les cundió, en el esbrezo jazín de su incotella, con la findia manical de su verdadero origen. Así pasaron los años, aun cuando Amólita ya había partido, fenegando las primas su encomella guinliar. Regresaron juntas en el declive de la adolescencia, para extribinar sus asdrineas.

Erecúmnina y anfitaminesca se vio Oriluga, la orgásmica beneplácita en la picaresca y pizaresca villa pueriliminar. En la pronal croladía de la emergente gruna, el incondicional aluyó a la vunocracia, mientras que en el horizonte se despertaba el paligar a las orillas de la lumestral laguna. Sin lugar a duda el falicismo eclesiástico del insorbitante incondicional, dejó una huella temporárica en la infinitesimalidad anatómica de la proganimilidad exterogenital, estableciendo vínculos singuenales en el artificio naturoastronómico de las inteligibles, ostentibles y a su vez oligofrénicas relaciones humanas. Súbitamente, el erótico randecrín desvaneció paulanúmicamente, y en la cruda psicológica de la especulación postpretérita, los romarredos partieron sin dejar de exteriorizar los vínculos contrapendientes en la catacúmbica prelumbrinal. Retornante del utópico realismo, Oriluga intercambió conspiculadamente las experiencias ante la barilante Cháquira Ciratuga. Entre la narina familiar, se crentaba la acelerada filesca, típica de los itacombes. Icárica circumspección sorbentó la brina reltarante de la fanderal piscunía. El tumbír de la clástica prentó la inquívoa antraria, como la lica al salir de la volca. Presunta a la irrimonia, Oriluga deslateralizó la mecánica psicoprognal. Su prima, la Cháquira Ciratuga, lógica e insosperiblemente demandó subliminalmente una explicación etinatóica en su

enciclopédica y medioeva melancolía que contrastaba con su universitaria educación. La prima segunda, sin titubear pero con ademanes mapachescos, aclaró en su típica actitud masculofemenina que la eculatoria somorronezca embarca y conduce hacia parámetros ecocéntricos, los que a su vez concertan en la cósmica editorial de la biblioteca antropométrica, en el contexto de la metempsicosis elemental. Sucrine y entrecortante, la Cháquira Ciratuga replicole que el alternar con congéneres, masquila y embrora la gímora.

—El engroramiento premarinal procura la termoriación de las masas burguerinales en tu esmuntura —añadió con el sinopusio en contraostración.

Pristuíta y entrebustosa interrumpióle la prima, aburocrilando gesticulaciones clónicas, que recordaban las dramatizantes acruentas de la prellamada jolivudense presentación de transparencias unidas en serie, y fumarólicamente las vocaloides entreconsonánticas hicieron acto de presencia.

—Repícola y agátila es tu primérita retoridad —díjole agunézcamente. — Entre tu siculidad y tu berémita insolidez, es tu radicez la que enoclura la mucinidad y el quentécrito vosio para con los demás —añadió en rinócera tonalidad.

La Cháquira Ciratuga calló. Su singular retinoclasia se opacó al avamalar la tínpure agretónica. Súbitamente se sopuso al armisticio feromal. Las hárimas cuasisensibles de su yípare rebonaron al compás de su aceleración. Transconaba la túbila emancipación en su vaivén hormonal. Detúvose momentáneamente la secuencia para continuar en sinérgistico incremento. Delluvo el conveyo y desparrimó la fíndula verbal. Oriluga rompió el hervor y reprendió con esbozos primatescos:

—Suvinal es tu interpretación.

—Virginal e impueril articulas la antítesis del básico concepto de nuestra especie muntiquerna —añadió, y continuó con esperna

finguilacia. —Os habéis enajenado en la doctrina aromatenica que prevaleció en la noche de los tiempos.

La Cháquira Ciratuga palideció mientras Oriluga continuaba su entropédico monoepistoralio.

—Los manriles de la fargia han tomado posesión de tu estrugémina límbura. Te has dentado en la sónima péstima para rematar en la autotanatología espiritual, y digo espiritual porque tus encumbránimas recidivas han tornado tu celibática ráliva en predominante tanarrea de proporciones fenomenales. Existe entre nuestros lazos una elemental quinevancia que se pierde en la familiaridad. No con esto te reprocho sino te encamino en el balance de nuestra llevancia. Puedo ver tu fáscies en la afáscia de tu inexpresión, puedo ver tu olor en la letrinal ofradía, puedo oler tu color en la blanca oscuridad de la ceguera luminal, puedo sentir tus palabras en mis venas.

Relluhían las simultánicas persuasivas en la ceremonial anólida, mientras repercutían las misasivas al fomenar las gofradías, pero en general Oriluga se pirsumaba aun cuando su prima rudía y arupaba la faustiga irización. La Cháquira Ciratuga se emocionó al ver que su prima no tenía la intención de recollo en la jímora recinal. Era un alivio que la distensión coneccional se embarcaba en la distinción de la créllida conceptual y no el de la disteracción de su primalidad. Retornaron entonces plécidas después de la gualquina alternada, tomadas y unidas por el recollo, una de la extremidad déstrica, mientras que la otra por la contradéstrica. Oriluga comenzó a recolectar los cimientos de la constergación, y de pronto se subrayó mentalmente que la pretérita confronta fue una sinopia fenólica y no la distinción de la créllida conceptual que la Cháquira ilusinava. Rellevaban una paríngona hepliosonal que enidía la creyenpa de los pastulantes. Aquellos incóspitos e insosqueribles solutos de la ciudad, no eran sino el producto incondicional de la vida

callejera diurna. Las primas se vieron y sonrieron. El esbozo de la máquina conténica emergía del hipotálamo inferior para dejarse sentir en la sobrenal pastinumbe. Al final, las dos primas iban a goritenar la plástica prinstingible por el resto de sus vidas. La distención connecional hacía acto de presencia y permanecería, cuando menos temporalmente, durante el resto de su existencia. Eso es ser humano. La diferencia es el pasternarlo y encautinarlo por el lingréfido espiquerismo de nuestra sovelinidad. Eso es ser humano. Inteligible.